

Capítulo 9

La victoria

25 de mayo

Asomó medio cuerpo sobre la baranda del pequeño balcón que daba a la Avenida Rivadavia y no pudo creer lo que veía. Un hormiguelo constante de gente recorría la ciudad. Enfrente, la señora del quinto piso había sacado su silla de paja a la azotea asomando por primera vez sus narices al mundo mientras tiraba papelitos saludando a la multitud. En el tercero, tres chicas hacían guiños y señalaban con el dedo a un hombre con el torso desnudo, pañuelo al cuello, que les tiraba besos y gritaba “Viva Perón, carajo”. En la esquina, junto a la farmacia, el portero del magnífico edificio de Bensich, que conservaba todo el encanto del despilfarro oligarca de los años veinte aunque ahora lo poblaran grises empleados y artistas en busca de oportunidades, había abandonado su mirada escrutadora y cantaba la marcha peronista. En grupos, en familia o encolumnados, decenas de miles marchaban a contramano hacia Plaza de Mayo. Los bombos y redoblantes acompañaban el flamear de las banderas. Desde Once venía una columna con grandes carteles rojos y negros de la Juventud Trabajadora Peronista. Cuando

pasó frente al balcón, Lili gritó “Vamos Montoneros, carajo” y todos los ojos se volvieron hacia el cuarto piso. Ya no estaba sola en el balcón, junto a ella Chiquita saludaba a la muchedumbre mientras sus hijos miraban incrédulos lo que ocurría en la calle.

Después de la salida de Claudia del penal, Lili fue a vivir a la casa de Chiquita, sabía que podía contar con ella, que festejaría su libertad y le daría un lugar hasta que Paco estuviera afuera. El paso del tiempo y la intensidad de los hechos habían dejado atrás cualquier distancia. Juntas estuvieron ante la muerte de Manolo y Alejandro, y juntas continuaron. Chiquita, seguía siendo chiquita. Ya no trotaba por los techos de la facultad pero mantenía intactas las ganas de saltar por los tejados. Empezó a cortar diarios y a soltarlos en pedacitos hacia los manifestantes. Abajo los militantes de la JTP festejaron la lluvia de papel cantando “A la lata, al latero, las casas peronistas son fortines montoneros”.

La manifestación no estaba sólo en las calles, en cada departamento una familia asistía a su modo al festejo. En camiones, sobre los techos, trepados a postes de luz, todos buscaban su lugar en la escena, bastaba levantar la mirada para encontrar un grito en la garganta.

Lili bajó para unirse a la marea que corría hacia el mismo destino. Una vez en la calle era Lili la que saludaba

a los vecinos indecisos, los brazos en alto y saltando, todo el tiempo, porque el que no saltaba era un gorilón. Había pancartas preparadas con dedicación, decenas de carteles con la V formada por una tacuara y un fusil, una P encima y las siglas JP a los lados. Algunos ponían en alto la primera tapa de la revista El Descamisado, órgano de prensa de Montoneros en donde Lili trabajaba, que decía con letras gigantes: "¡Chau Milicos!" Imposible mantener una actitud distante. Para los jóvenes era la primera vez que la ciudad presentaba ese paisaje, un espacio para el abrazo, la sensación de sentirse hermanados por las mismas ganas. Sentimiento difuso e intenso, de cambios y revoluciones.

Al llegar a la esquina de la confitería El Molino vio avanzar una columna por Callao, desde Corrientes, con un gran cartel que decía "Ingeniería presente con APUBA combatiente", poco detrás "Odontología en lucha", el resto de las consignas se perdían tapadas unas por otras. Por Entre Ríos, el color era otro. El verde intenso de las banderas de la Juventud Sindical Peronista teñía la avenida. Lili prefirió evitar el encuentro. Para la JSP bastaba escuchar los cánticos del peronismo revolucionario para convertir los carteles en palos. Solo una canción tenían en común: "los muchachos peronistas, todos unidos triunfaremos..." Si alguien llegara tener el mal tino de

gritar por ejemplo "Perón, Evita, la patria socialista", sobrevendría el caos. Apuró el paso para dejar atrás el verde amenazador.

En cada esquina, puestos improvisados vendían banderas argentinas, globos con la caricatura del "Pocho" Perón, carteles con forma de mano, blanca y celeste, y dedos en V, fotos del General montado en su caballo pinto. Había una tensión latente. Un rumor corrió entre la gente. "No le compres café a los cafeteros, provocan vómitos". Cada tanto, un estruendo sacudía los cánticos, una breve corrida, palazos entre una corriente y otra, pero nada podía opacar la alegría.

Cuando finalmente logró entrar a la Plaza sonó un disparo y las palomas que se habían refugiado sobre la catedral salieron volando. "Si Evita viviera sería montonera" había gritado un muchacho. Fue motivo suficiente para que un militante de la UOM le contestara "Zurdo de mierda" y apuntara su pistola. Sonó un disparo. Junto a las palomas, todos corrieron espantados. Unos contra el sindicalista y otros en sentido contrario. La policía lanzó gases lacrimógenos pero no logró desconcentrar a los manifestantes que estaban pegándose al borde de la entrada a la Casa Rosada. La pelea terminó sin mayores consecuencias. Unos y otros arremetieron contra la hilera de uniformes azules. Todos querían romper el cerco

policial. Lili gritó junto a la multitud en la cara de los represores: "se van, se van, y nunca volverán". Por primera vez advertía desconcierto y pánico en sus rostros. Tuvo la satisfacción de verlos retroceder para esconderse dentro de un edificio público. Esa imagen le provocó una carcajada sonora y otro canto: "Ya van a ver, ya van a ver, cuando vengamos los muertos de Trelew". Era la liberación. Una bandera cubría la Plaza de punta a punta y le daba identidad: Montoneros. En distintos rincones de la Plaza estaban Pirí, Rodolfo, Chiquita, Pablo, Alcira, Marcelo y Liliana. Los buscó entre la muchedumbre. A lo lejos pudo entrever a Leonor Benedetto que olvidaba su papel en la novela más vista, "Rolando Rivas, taxista", y saltaba desaforada con los dedos en V. Los ojos de Lili giraban sin razón, la respiración era profunda, estaba fuera de sí, en éxtasis. Bastó ver las caras jóvenes y alegres de su alrededor para sentir un dolor punzante. Recordó a los que faltaban: Manolín, Diego, y tantos muertos. El cielo era de un celeste único, miró hacia arriba e imaginó la figura de Manolo viendo todo. No creía en Dios ni en paraísos, pero sentía que él estaba allí. "Mirá, Manolín, esta fiesta es tuya", dijo con la vista fija en un punto inexistente. Tampoco estaban a su lado Paco, Julio Roqué ni el Jote, que seguían presos. Días antes Juan Manuel Abal Medina, delegado personal de Perón, había vuelto de Madrid y

declaraba a la prensa: “El 25 de mayo todos los compañeros presos estarán en la calle junto al pueblo. Vamos a terminar en serio con el imperialismo yanqui, con el capitalismo y la oligarquía que le sirve de sostén. La sangre derramada no será negociada”. Estaba en el aire que ese día tenían que salir. Cuando terminaron los actos oficiales, después de festejar la presencia del presidente de Cuba Osvaldo Dorticós, y de Salvador Allende de Chile, no todos volvieron a sus casas. Varias columnas se encaminaron hacia la cárcel de Devoto. Allí los presos permanecían expectantes. Las puertas internas se habían abierto horas antes. Los de uno y otro pabellón, que hasta ese momento se comunicaban por las cañerías, brindaban con el vino que previsoramente les habían acercado los familiares. Paco prefirió atenuar la ansiedad encerrándose con María Antonia Berger, Haidar y Camps, grabador en mano, para reconstruir la masacre de Trelew. Afuera había gritos, corridas, rumores. Ellos permanecían concentrados reconstruyendo por vez primera los asesinatos a sangre fría. Los presos comunes no sabían cómo reaccionar frente al descontrol. Algunos ya estaban en fila, preparados para salir. Otros, atemorizados, prefirieron esconderse bajo el colchón. Evitar la tentación de la fuga. No era seguro que no los encontrase una ráfaga

de ametralladora en la puerta, y no todas las condenas valían el riesgo.

Esteban Righi acababa de jurar como ministro del Interior. Entró a su despacho y redactó su primer decreto: amnistía para los presos políticos. Cámpora no dudo en refrendar la decisión. Las puertas del penal se abrieron y salieron en tropel todos los presos. Afuera una multitud los recibía. Ya era noche cerrada y resultaba imposible reconocer rostros, amigos y familiares. Todos los abrazaban perdidos en el tumulto. Noche colectiva, Lili diluida en el todo.

Chiquita volvió tarde a su casa. No sabía dónde había quedado Lili, pero imaginaba que no volvería. En el living encontró a su hija menor dormida con la cabeza apoyada en un almohadón sobre la alfombra verde. Había ido a su primera manifestación y cayó rendida en el suelo. Le dio un beso en la frente para que pudiese incorporarse y llegar a la cama. Susurró en su oído: "Hoy podés dormir tranquila, no hay más presos políticos en el país".

El escenario

El Luna Park tronaba: "Aquí están, estas son, las mujeres de Perón". De golpe las luces se apagaron y sonó

misteriosa la voz débil y entrecortada de Evita: "Aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria". El silencio fue total. Era la primera vez que volvía a escucharse aquella voz en la multitud. El timbre agonizante pero potente de esa mujer estremecía. Una luz iluminó el escenario y entró Lili con una rosa en la mano. Levantó su brazo hacia la tribuna y con voz también entrecortada como Eva, suave y decidida, dijo: "Esta rosa es para todas las madres que perdimos hijos en manos de la dictadura. Creemos en nosotras, en nuestro coraje, para que esto nunca más vuelva a suceder". Las mujeres del público bramaron, gritaron, lloraron, agitaron banderas y se pusieron de pie. Lili levitaba, un lazo invisible la unía a la multitud. Respiraba y era el aire todo del Luna Park el que entraba a sus pulmones. Bastaba un gesto, una palabra, para que miles de voces respondieran al unísono. Nunca había sentido emoción tan intensa. Los reflectores una vez más sobre ella, pero ahora no estaba en un pequeño teatro independiente ni en un set de filmación. Ya no era aquella joven de indisimulable belleza que soñaba con ser actriz. Ahora una mujer de cuarenta y pico, el cuerpo bien plantado sobre los tablones, que se enfrentaba al Luna Park repleto para presentar en público a la Agrupación Evita. El escenario era su destino, se sentía

cómoda, hablaba con pasión a la multitud, lograba asimilar como esponja los aires del momento y devolvía un soplo huracanado. Remolino de ida y vuelta. Imposible establecer de dónde surgían las palabras, como una suerte de médium colectivo su voz expresaba las broncas y esperanzas de todas. La luz la encandilaba, estaba sola en la oscuridad pero escuchaba el rugir de miles de mujeres. Alguien susurró a su oído que afuera había dos cuadras de cola y no había espacio para más. Estalló en una carcajada y gritó: "Compañeras, me dicen que el Luna Park nos quedó chico, y nos decían que estábamos locas, que la Agrupación Evita no se merecía el Luna Park, pero aquí estamos, y les demostramos que las mujeres, como siempre, con nuestra polenta y nuestras ganas, vamos a cambiar el país".

En sólo dos meses organizaron la Agrupación Evita. La idea surgió de manera espontánea. Estaba Lili tomando mate con la Negra de Burzaco cuando comentó: "¿Y si fundamos la Agrupación Evita? A nosotros nos falta la rama femenina, vieja, ya está la Juventud de Trabajadores, los estudiantes, los universitarios, los villeros, ¿y nosotras qué?". El rumor empezó a correr por los barrios. La organización aprobó la iniciativa. Diana Halac la desarrollaría en la zona Norte y Liliana Pereyra en el oeste. En las barriadas populares eran las mujeres las

que más se movían; los hombres tenían otras instancias de participación política, pero las mujeres ocupaban los barrios y luchaban día a día por mejorar las condiciones de su entorno. Recibieron la iniciativa con entusiasmo. Finalmente tendrían un lugar propio de militancia, un ámbito donde organizarse, opinar, compartir. Lili pidió el Luna Park y en la conducción le dijeron que era una locura, que el Luna no lo había llenado ni la JTP. "Dejá, vos dame unos afiches, del resto nos encargamos nosotras." No aceptó siquiera que los hombres organizaran la seguridad. "Nosotras sabemos cuidarnos, carajo." Utilizó la casa de Chiquita como oficina de producción. De allí llamaron a decenas de artistas para invitarlos a participar. Un día Julia cortó el teléfono y gritó "¡Viene Sergio Dennis!" "¿Estás segura?" "Sí, me lo acaba de confirmar." Palito Ortega no terminaba de decidirse. No tenían límites, estaban decididas a convocar a todo el mundo pero las vecinas no tenían dudas: querían a Antonio Tormo. Finalmente Dennis y Ortega desistieron del convite, pero Tormo aceptó sin reparos.

Lili en el escenario, con los ojos brillantes, escuchaba "Mujeres, mujeres, mujeres son las nuestras, mujeres montoneras las demás están de muestra". Bastaba que ella dijera "Compañeras" para que todas callaran. No era sólo su voz la que hablaba, era el cuerpo entero, el rostro se

transfiguraba, transmitía el temblor de sus piernas, podían escucharse sus latidos, nadie permanecía indiferente a sus palabras. Hizo un gesto hacia atrás, hacia unas siluetas sentadas. “Nos acompañan la mamá de Alberto Olmedo”, hizo una pausa para que pudiera sentirse fuerte el “¡Presente!” que subía de la nada, “la mamá de Maestre”, “¡Presente!”, “y junto a ellas todas las mujeres que supimos lo que significa que te maten a un hijo, comprendimos su lucha y estamos decididas a continuarla”. Chunchuna Villafañe tomó el micrófono y anunció la presencia de Antonio Tormo, quien sin decir una palabra comenzó a cantar “Los sesenta granaderos”. Estalló una ovación, sucedida por suspiros incontrolables. Era la primera vez que el cantante de “El rancho de la cambicha” pisaba un escenario multitudinario después de la proscripción del peronismo. Luego fue el turno de Marilina Ross, que había dejado de ser “La nena”, y ahora cantaba: “Este triunfo se llama triunfo del pueblo...”

El éxito del acto del Luna Park le valió un ascenso en la organización y la posibilidad de subirse a todas las tribunas. A la conducción no le había pasado inadvertido el carisma de Lili, sabían que era una mujer capaz de despertar pasiones. Así fue como pudo hablar en el acto del 22 de agosto en Atlanta frente a cincuenta mil personas que se convocaron para escuchar por primera vez

a Quieto y a Firmenich. Sobre una pantalla pasaron las imágenes del renunciamento de Evita, hablando desde el edificio de Obras Públicas. En tanto la gente quemaba una bandera yanqui. "La clase obrera dirige la batuta para que bailen los yanquis hijos de puta", cantaban alrededor. La noche estaba fresca y despejada. Lili observaba todo desde un costado del escenario, el pelo al cuello, llovido, la cara sin rastros de pintura, un saco negro cruzado, medias opacas y unos zapatones anchos sin gracia alguna. La mirada hacia arriba intentaba captar el universo entero. Cuando fue su turno se acercó al micrófono y dijo: "Recién recordamos a los caídos con un minuto de aplausos. No hubo minuto de silencio porque su recuerdo significó un minuto de alegría. Y les pido que todos los días dediquen un minuto de su vida para contribuir a la reconstrucción nacional. La lucha no ha terminado. Hay que borrar de nuestro país al imperialismo, a los oligarcas y a los vendepatrias". La palabra vendepatrias rebotó en las tribunas. "Se va a acabar, se va a acabar, la burocracia sindical."

Al día siguiente la recibieron en el barrio con un aplauso.

Por primera vez identificaban a Lili como la madre de

Manolo Belloni. Fue en Atlanta cuando vieron la cara de

su hijo y lo reconocieron de inmediato. "¿Por qué nos

ocultaste que eras la madre del muchacho de la boina?”, le recriminó la Negra. Era allí donde iban Manolo y su grupo con lapiceras y títeres a descubrir un nuevo mundo. Lili no podía creer lo que escuchaba. Él había estado allí, en esas mismas calles de tierra, riendo con un mate en la mano con la Negra y su marido. Desde ese día tomaron a la Pepa como una más, ya tenía su historia militante en un territorio común.

Otro país

Ya nada fue igual cuando Perón volvió al país. Aquel general por el que tantos estaban dispuestos a dar la vida regresó después de dieciocho años de proscripción. Su imagen había quedado fija en el '55. Difícil imaginar que retornaba un hombre enfermo, con un mayordomo esotérico que mantenía correspondencia con su Gran Maestro y una mujer diminuta, supersticiosa, con un peinado inflado que decía frases inconexas. Quién podía suponer semejante desatino.

El azar había provocado esos encuentros. Perón conoció a Isabel tras su huida de la Argentina. Antes de

recalar en España el General pasó un tiempo al amparo de Stroessner en Paraguay, y luego siguió viaje hacia Centroamérica. En un boliche de Panamá estaba ella: niña bien de La Rioja, hija de un alto funcionario de Banco y excelente alumna, tenía, sin embargo, un ánimo aventurero. Buscó fortuna en Buenos Aires, adoraba la música y los misterios. Encontró una compañía musical que le ofreció una gira por Centroamérica y partió. Andaba feliz Isabel, en el trópico, tocando el piano y bailando en lugares finos a los que sólo iban altos funcionarios y gente bien. Entre ellos el general Perón. Los dos estaban lejos de su patria y sin destino cierto. Al general le gustaba su ingenuidad, escuchar sus historias de aparecidos, verla tocar el piano y soñar. Continuaron viaje y vida juntos. A Isabel la historia le sonaba a cuento: la quinta que compraron en Madrid, los sirvientes que respondían a sus caprichos y las delegaciones que pasaban por su casa y rendían pleitesías. En la España de Franco Perón era tratado como un héroe. Todavía estaba fresco el recuerdo de Evita y su gira por la península repartiendo alimentos entre los españoles hambreados después de la guerra. Isabel estaba decidida a permanecer a su lado y haría lo que él dispusiera. En 1966 tuvo su primera actuación política. Perón necesitaba a alguien de confianza que pudiera ingresar a la Argentina

y poner orden en el movimiento. Un tal Vandor, dirigente sindical y peronista, proclamaba un peronismo sin Perón, y aglutinaba a obreros, militares y empresarios en torno a su figura. Un verdadero despropósito: Perón había uno solo. Debía poner los puntos sobre las íes y para eso nada mejor que enviar a su mujer. Allí la recibió el mayor Bernardo Alberte, uno de los pocos militares leales a Perón, quien estaba a cargo de su seguridad. Isabel iba permanentemente acompañada por guardaespaldas, debía disfrazarse para sortear cualquier eventual peligro, usar dobles y reunirse con los dirigentes que callaban cuando ella daba a conocer la voluntad de Perón. Entonces conoció a quien sería su amigo por toda la vida: José López Rega. Y fue justamente el mayor Alberte, uno de los fundadores de la tendencia revolucionaria dentro del peronismo, quien sirvió de involuntario contacto. Un día se acercó a Alberte un hombre de la logia Anael a la que alguna vez él había pertenecido, y con la cual el mismísimo Perón mantenía buenos contactos. Le rogó que presentara su tarjeta ante la señora. Así lo hizo. El desconocido de la tarjeta entró a formar parte de la custodia de Martínez. De aspecto insignificante, mirada ubicua, sonrisa permanente, Josecito partió tras la Señora a Madrid. A Isabel le gustaban sus historias. También él había cantado en clubes de barrio antes de convertirse en

cabo de la policía. Tenían en común cierto apego por el más allá -cuando era una jovencita perdida en la Capital Isabel había encontrado respuestas y ánimo en un templo espiritista de Mataderos-. Lopecito además demostraba gran conocimiento de las ciencias ocultas, el umbanda y la astrología. Sin dudarle Isabelita le dio trabajo como "asistente todo uso". Apenas entró al palacio de Puerta de Hierro, López supo que tenía una misión que cumplir. "Estamos en los albores de un nuevo ciclo de la humanidad, se está produciendo el balance final y el barco carga aquello que está pronto a zarpar. Hubo 2.000 años para prepararse. Yo veo a distancia y tengo la enorme responsabilidad de controlar la pureza del embarque", escribía López Rega a sus compañeros de logia. Y allí estaba, en el arca que llevaría al General a la victoria. Debía tener sumo cuidado en mantener la pureza indicada. La tarea no era fácil. A pesar de la simpatía de Isabel, el General no siempre le daba el espacio que pensaba que se merecía. Pero Lopecito era un hombre de fe y resistía. "Las jerarquías del sótano milenario y las momias faraónicas están en plena actividad, luchando contra este pobre vigilante", se quejaba a sus compañeros de Anael. Soñaba, entonces, con formar un ejército dispuesto a aniquilar a todos aquellos que estuviesen en contra los designios celestes del líder. Destino que sólo él

conocía y podía promover desde su sencillo lugar de sirviente. Perón no lo tomaba demasiado en serio, pero nunca dejó de apoyar a quienes demostraran respetar sus órdenes con sincero espíritu de servicio. Su asistente le hablaba del destino, de cábalas y de su contacto con Dios. Solía proporcionarle pociones mágicas que le otorgarían salud y larga vida. Perón se prestaba a sus caprichos, no estaba dicho que el hombre, al fin, no pudiese ser un beneficio. "Ya que tiene llegada al Señor, dígame que me dé la vida suficiente para poder volver al país y organizar el movimiento", le decía Perón. Poco a poco Isabel y López Rega comenzaron a participar en las reuniones de Perón, a armar su agenda y a llenar de gracia y sentido su estadía en la quinta de Puerta de Hierro en Madrid.

El viejo general sentía que la vida había sido gentil con él. Se había convertido en el hombre por el cual unos y otros estaban dispuestos a morir. Esta conjetura presenta un Perón un tanto ingenuo, pero si algo no tenía Perón era ingenuidad. Problema de ellos, él haría lo que su corazón y su intuición le indicaran. Hasta el momento no le había ido mal. Recibía con alegría a los contingentes de compatriotas que iban a consultarlo. A finales de los sesenta llegaron los más aguerridos. Perón estaba conmovido por la fuerza de la Juventud Peronista, esos muchachos no andaban con vueltas, eran decididos y se

podía confiar en ellos. Un leve tic en su ojo derecho daba la sensación de que hacía guiños mientras escuchaba sus planes revolucionarios. A veces debía palmearles la espalda y pedirles calma, "hay que desensillar hasta que aclare". Los muchachos volvían y repetían los dichos del oráculo. "El viejo se las sabe todas", pensaban.

También recalaban en Madrid los otros, los burócratas -políticos y sindicales- que se sentaban en los salones del poder, realizaban cursos con la CIA, aplaudían a generales y tomaban champagne con los empresarios. Eran anticomunistas rabiosos, habituados a romper la cara de todo aquel que sonara a izquierdista, en especial a los atrevidos jóvenes de la Juventud Peronista. Perón los recibía con igual simpatía en su quinta y les ofrecía un vermouth mientras su ojo derecho aleteaba sin cesar. Los caniches saltaban alrededor, López Rega los acariciaba y los llevaba al jardín mientras Isabel reía con sus travesuras. Los burócratas salían satisfechos, Perón seguía siendo un líder nato, calmaba sus ansias aceptando que "el mejor enemigo es el enemigo muerto" pero igual había que "desensillar hasta que aclare". Jóvenes y burócratas esperaban el regreso. Finalmente podrían comprender de qué lado estaba el General. Y el mensaje fue más que claro.

El 20 de junio de 1973 una multitud caminó hasta Ezeiza. Las noticias hablaban de más de un millón de personas. La autopista Ricchieri cubierta de gente encaminada hacia el aeropuerto. Peregrinación desde cada punto del país y que tenía un solo objetivo: abrazar al viejo líder que volvía. La recepción fue organizada con esmero por el sirviente fiel José López Rega, quien no había abandonado su función esencial: mantener la pureza del embarque. Decidir quiénes entrarían en el arca y quiénes no. Ahora pertenecía a una logia más poderosa. España y la proximidad a Perón le habían otorgado el privilegio de convertirse en un hermano más en la Logia Propaganda 2 de la que formaban parte militares, miembros de la Iglesia, políticos y empresarios de todo el mundo. Cada detalle de la operación retorno había sido previsto: habían montados los palcos, distribuido las banderas, los globos volaban por el aire y los altoparlantes dejaban oír la magnífica voz de Leonardo Favio que preparaba a la multitud para el reencuentro. Nada quedó librado al azar: también habían elegido los lugares desde donde dispararían, hacia quiénes debían disparar, dónde llevarían a los detenidos y dónde los torturarían. Formaban parte de esta recepción un pelotón bien entrenado de matones sindicales de la CGT de Rucci y viejos baluartes militares y policiales. Todos unidos para

combatir a los rojos. De ningún modo permitirían que nuevamente la bandera de Montoneros copara la representación de las masas peronistas. Y no podían evitarlo. La capacidad de movilización de la Juventud Peronista era mucho mayor que la de los sindicatos. Y llegó la columna del sur, con carteles Montoneros de La Plata, Berisso y Ensenada. Allí estaba Lili. Había tomado el tren en Constitución hasta la ciudad de Ezeiza. Rodeada de mujeres, pibes, tortas fritas, cánticos, risas y emoción. El cielo acompañaba. No había dudas, era un día peronista. Sol a pleno. Se detuvieron apenas unos minutos en la sombra de algún bosque donde tomaron agua y probaron un bocado. Era mediodía y había que darles de comer a los más chicos para recobrar fuerzas. Nadie los detendría, debían llegar al palco del General. Continuaron caminando por la autopista. Apenas lograron divisar el palco, escucharon los primeros tiros. Lili corrió atemorizada, gritó que se tiraran al piso. Nadie entendía qué pasaba, los altoparlantes vociferaban, hablaban de francotiradores en los árboles, imposible discernir quién era quién. En tanto Leonardo Favio hablaba de armonía, soltaba palomas de la paz y gritaba "Viva Perón", mientras abajo quedaba un tendal de heridos. La fiesta de familias con niños, mate, tortas fritas, sandwiches y emoción que iban al encuentro del líder, terminó en una masacre. Hubo

trece muertos confirmados y más de trescientos heridos que salvaron sus vidas de milagro. Decenas de personas fueron secuestradas y llevadas al Hotel Internacional de Ezeiza, edificio que el coronel Osinde había tenido la precaución de alquilar. En sus cómodas suites los detenidos eran torturados ante la mirada atónita y desesperada de Leonardo Favio que corría de cuarto en cuarto tratando de frenar a la jauría sindical y policial.

Las primeras palabras que Perón dijo en suelo argentino el 21 de junio de 1973, luego de dieciocho años de exilio, fueron una antología de sus frases célebres, aquéllas que dejaban cavilando a seguidores y detractores: habló de los "factores ocultos que desde las sombras trabajan sin cesar tras designios no por inconfesables menos reales"; el acertijo seguía más adelante dirigiéndose a "los que pretextan lo inconfesable aunque cubran sus falsos designios con gritos engañosos o se empeñen en peleas descabelladas no pueden engañar a nadie". Luego repitió que no serían "ni sectarios ni excluyentes", definición que aparentemente no se contradecía con otro postulado que aseguraba que "para un peronista no hay nada mejor que otro peronista"; advertía que "no es gritando 'la vida por Perón' que se hace la Patria. Los viejos peronistas lo sabemos. Tampoco lo ignoran nuestros muchachos que levantan banderas

revolucionarias”; luego retomaba el tema de los “enemigos embozados o encubiertos” a quienes les aconsejaba “que cesen en sus intentos porque cuando los pueblos pierden la paciencia suele hacer tronar el escarmiento”; repetía, una vez más, que seguiría “lo que fue el apotegma de nuestra creación: de casa al trabajo y del trabajo a casa”; también hubo un mensaje esperanzador porque “al final del camino está la Argentina Potencia”; y por último expresó su anhelo de que “Dios nos ayude si somos capaces de ayudar a Dios”. ¿Qué querría decir esa suma de aforismos? Nadie lograba desentrañar de qué enemigos estaba hablando Perón y sobre quiénes tronaría el escarmiento. Jóvenes y sindicalistas se miraban con recelo ¿Quiénes conformarían los factores ocultos? Mantenían la esperanza de que el viejo líder tuviese un plan secreto y que sus confusas palabras no fueran divagues de viejo que repetía sin cesar frases que tan buen resultado le habían dado hasta entonces, sino la genialidad de un líder que “se las sabe todas”. Las sandeces peronistas continuaban su letanía: “a este país lo arreglamos entre todos o no lo arregla nadie”, “primero la Patria, después el movimiento y por último los hombres”, “no hay que sacar los pies del plato”, para rematar con la frase que servía para hacer callar a

todos, la razón de la sinrazón: “la única verdad es la realidad”.

Todo ocurrió con velocidad de rayo: Cámpora renunció, Perón fue elegido presidente, su mujer vicepresidente y López Rega se dedicó a armar, finalmente, su ejército inquisidor. Militares y policías habían encontrado un aliado que venía del más allá y compartía la vida del General. Imposible imaginar mejor suerte. Las organizaciones armadas tambalearon. No tenían capacidad de reacción. El pensamiento caía en el vacío. Abotargados asistían a un vuelco de la historia absolutamente imprevisible. Los militantes barriales eran apaleados, cadáveres irreconocibles aparecían en las esquinas, los militantes comenzaron a temer y a correr. Algunos hacia atrás y otros hacia delante. Las masas que solían ocupar las calles con la bandera de Montoneros a la cabeza empezaron a flaquear mientras las armas que habían permanecido inutilizadas durante el breve otoño camporista volvían a empuñarse. Los Montoneros quisieron emitir señales de poder y el 25 de septiembre acribillaron a José Ignacio Rucci.

Lili intentaba entender lo que sucedía, sin éxito alguno. No tenía dudas de que la muerte del secretario general de la CGT había sido una provocación. Paco la

escuchaba indignada por la muerte de Rucci hasta que, una vez más, reveló sus secretos: "Fueron los montoneros". "Estás loco, ¿de dónde sacaste eso." "Te lo digo porque lo sé", dijo con una media sonrisa. Lili supo entonces que Paco había participado en la organización del operativo como parte de la columna Capital de Montoneros. Era la versión oficial. Imposible establecer razones. ¿Por qué habían luchado? ¿Hacia dónde iban? ¿Quién era Perón? Paco intentó una explicación: "Mirá, yo creo que fue muy buena toda la resistencia peronista, y que la consigna Luche y Vuelve logró aglutinar al pueblo y foguearlo en la lucha". Hizo una breve pausa, encendió un cigarrillo, y con una sonrisa pícaro agregó: "Lastima que volvió".

El 1º de mayo de 1974 Perón dejó en claro quiénes eran los enemigos sobre los cuales tronaría el escarmiento: "esos estúpidos que gritan", "imberbes" que no conocían la "gloria" de las heroicas organizaciones sindicales. Los montoneros replegaron sus banderas y se retiraron de la concentración. La plaza de Mayo quedó semivacía. Dos meses después Perón moría. Isabel quedaba al mando del gobierno. Comandos vestidos de civil con armas largas a la vista comenzaron a barrer la ciudad.

Capítulo 10

Encrucijadas

Cataclismo

Lo supo sin querer: Paco salía con otra. Una compañera veinte años más joven que ella: Alicia Cora Raboy. La conoció en la redacción del diario Noticias y lo que en principio fue una aventura se convirtió en una relación sólida y necesaria para él. Lili no supo qué era peor, si el engaño o la soledad. Paco, el hombre que le dio el coraje para abandonar su historia y su familia, convertido de un momento a otro en el mismo que la hacía sentir la dureza del abandono. Un abandono sin motivo aparente. La única razón que Lili pudo encontrar

fue la edad, difícil remontar una lucha entre cuarenta y pico y veintipico. No sólo se sintió sola, los años le cayeron encima. Creyó que nunca más miraría a un hombre con ojos embelesados y que ninguna mirada se detendría en sus caderas. Ya nada valía la pena, ni llorar ni gritar ni recriminar ni seducir ni mirar para otro lado ni aceptar ni comprender, y por supuesto, tampoco morir. ¿Qué hacer en ese preciso instante? Era el exacto espacio de la nada. Otra vez, Lili frente a la nada. Podía salir corriendo, caminar a lo loco, tomar una botella de whisky hasta caer desmayada o dormir por días enteros, pero todo sería inútil. Al día siguiente estaría *la nada* allí, mirándola, confrontándola con la precariedad de su existencia. Imposible imaginar algo bueno frente al espejo. Por primera vez repararía en sus arrugas y en la cintura que ya no tenía. El espejo convertido en enemigo devolvería la imagen de una mujer ajada, de ojos hinchados, ojeras imposibles y arrugas incalculables. No quería llorar pero lloraba y era peor. Se sentía una idiota al ver su cara deformada por bolsas insostenibles debajo de los ojos ¿A quién podía seducir así? Si quería reconquistarlo era lo último que debía hacer, pero lloró todo el día y toda la noche, lloró por la madrugada, en el baño, lloró a mares, a ríos, lloró como una imbécil. Cuando Paco estuvo frente a ella hubo gritos, empujones

y ninguna explicación. Él permaneció mudo frente a esa mujer volcánica, sin nada que decir, convencido de la inutilidad de cualquier gesto. Ya no había nada que agregar.

Fueron días de odio, bronca y dolor. Un dolor instalado en el cuerpo que lograba convencerla que jamás pasaría. Aunque la razón dijera otra cosa, tenía la certeza de que así sería, y no sólo la certeza sino la voluntad íntima de mantenerlo intacto, ganas de abrigarlo, dejar que permanezca por el resto de los días para dar testimonio de todo lo sufrido. Dos noches pasó encerrada hasta que finalmente decidió salir. Vagó por la ciudad sin destino. Tomó por Urquiza hasta Avenida Independencia y de allí hacia el Bajo. No podía permanecer quieta, ni hablar con nadie, ni pensar. Sus pies avanzaban con autonomía. La idea de matarse logró entusiasmarla por un segundo. Detuvo su mirada en las pequeñas luces rojas y azules de un colectivo que se acercaba y sintió un ligero escalofrío al imaginar lo fácil que sería tirarse debajo de aquel carromato colorido, pero lamentó no tener el coraje suficiente. El único modo cierto para darle significado al dolor, para que no fuera una mera teatralización, era el suicidio. El suicidio como acto de dignidad. Un modo de gritarle al mundo hasta aquí llegué, hasta aquí puedo soportar. Sépanlo. Un gesto casi heroico. Pero sabía que

jamás hubiese podido realizar un acto tan perfecto. Estaba escrito que era una sobreviviente, una cobarde, un roble, imperturbable por naturaleza, nada ni nadie podría tumbarla. Laremilputaqueloremilparió. Imaginaba una y otra vez las noches en que Paco le decía que tenía una reunión, lo poco que lo veía, ella trabajando en el Descamisado, el en el diario Noticias, y la revolución, y la reputísimamadrequeloremilparió.

Paró en un teléfono público y discó el número de Murena. No quería ver a compañero alguno, le bastaba sentir un brazo firme y tener un hombro donde llorar sin demasiadas explicaciones. Murena escuchó la voz quebrada de Lili: "Estoy en Independencia y San José y me quiero matar". "Te venís para casa ya", le respondió sin dudar un instante. Lo había visto hacía poco más de dos años. Lili acababa de salir de la cárcel y él sacó su billetera para ofrecerle todo lo que tenía: acababa de cobrar una cuota de la beca Gughenheim. Era un caballero y eso era lo que necesitaba esa noche.

A Murena le bastó ver la cara desfigurada de Lili para comprender que algo grave pasaba. Ella pidió un whisky. Él buscó por toda la casa pero las botellas estaban vacías, ya era tarde por la noche y no era fácil remediar la situación. "Esperame acá, Lili." Se puso una gabardina y salió. Lili quedó sola en la habitación, una melodía de jazz

se escuchaba suave, como música de fondo, y se sintió casi feliz. ¿Cómo habría sido su vida si hubiese logrado ocupar esa casa? Sonrió por primera vez en días. Un desastre, seguro habría sido un desastre, Murena era un buen amigo pero un pésimo compañero. Al rato regresó con dos vasos de whisky tapados con una servilleta. Había caminado hasta la 9 de julio, en la esquina con Independencia encontró el bar abierto. El gesto la reconcilió con el género masculino. Su cara sacudida por el terremoto dibujó una sonrisa amplia. "No hay caso, Lili, hasta con esas ojeras sos hermosa." Lili recobró aliento, pudo incorporarse, dar unos sorbos largos y reaccionar. Él no pidió razones para semejante desconsuelo y ella no tuvo ganas de darlas. Si algo le resultaba odioso era pensar en Pacotraidor y su querida jovencitacaradeidiota. El país era suficiente para explicar cualquier desazón, había miles de motivos para sentirse caer y Lili apeló a la represión, las tres A que se anunciaban, los muertos en basurales, la maldición de Perón.

Durante más de una hora lo escuchó desgranar una a una las razones por las cuales el movimiento revolucionario estaba destinado al fracaso. Él tomó su mano y le dijo con voz baja pero segura "Andate Lili, salvate. Aquí los van a matar a todos, no hay salida, ya no vamos a poder vernos". Lili lo dejó hablar, no tenía

ánimos para defender posición alguna, no lo vio como un enemigo que intentaba quebrar las fuerzas insurgentes sino como un hombre gentil que la estaba cuidando. Y lo agradeció. De todas formas no se dejó convencer. Murena era un hombre culto pero entendía poco de la vida, ella había visto a las mujeres en pie de lucha, no tenía dudas de podían seguir peleándola, pero era cierto que las cosas no estaban desarrollándose como pensaba. "Al final tenías razón, che, somos un país mal parido." Mientras él preparaba café Lili se recostó en el sofá y se quedó dormida, arrullada por una música suave y protegida por quien debía protegerla en ese momento. Despertó antes de la madrugada y se fue. El día comenzaba y sentía que había dejado el diablo tras de sí.

Lo peor había pasado. A la mierda con Paco, no eran tiempos para detenerse en sentimentalismos inconducentes. Pidió una reunión con su responsable, Julio Roqué, y le contó lo sucedido. "¡Lindo hombre nuevo estamos haciendo! ¿Para qué? ¿Para que tenga las mismas hipocresías, las mismas mañas, para que sea desleal con su compañera, no pueda dar la cara y corra detrás de la primera pendeja de piernas frescas que encuentre? ¿Qué diferencia hay con un gerente de empresa que tiene a su secretaria de amante? Si vamos a hablar de nuevos valores, de una nueva sociedad,

hablemos en serio. Si no déjenme de joder con eso de 'compañeros', son unos machos cobardes y traidores como cualquier pequeñoburgués." Los argumentos fueron convincentes para Roqué. El tema se discutió en los ámbitos más elevados y la conducción de Montoneros hizo circular un documento interno que explicaba la importancia de la fidelidad en una pareja de compañeros y anunciaba que cualquier desviación sería gravemente sancionada. El documento se discutió en todos los niveles. Los más grandes lo leyeron con picardía, resultaba incomprensible la súbita moralina sexual de la conducción. "Hecha la ley, hecha la trampa" trató de calmar a sus compañeros del grupo de prensa Rodolfo Walsh. Los más jóvenes incorporaron el nuevo dogma como una de las tantas verdades montoneras: la infidelidad no era digna del hombre nuevo. Paco fue despromovido, bajó varios rangos en la organización. Cuando lo supo fue a ver a Lili. No había imaginado hasta dónde era capaz de llegar el poder de su furia y era esa ferocidad la que no dejaba de deslumbrarlo. "¿Qué me hiciste Lili?" Ella rió como loca. "¿Qué te hice? ¿Podrías preguntarte qué me hiciste vos a mí?" También aquella noche comieron y bebieron bien. Había pasado lo peor, no restaba otra cosa que mantener la amistad.

Lili ya no estaba tan sola, otro poeta militante y amigo, Juan Gelman, permanecía cerca, hipnotizado por esa mujer imposible. Hijos y amigos, habituados a verla como la compañera de Paco, se preguntaban qué estaba haciendo Juan. Ellos, en tanto, no sentían necesidad de dar explicaciones. Así se daban las cosas. Rueda irrefrenable que giraba sin cesar. La presentación fue brusca, al menos así lo sintieron Mache y Roberto a quienes una mañana se les comunicó que podían pedirle a Juan lo que necesitaran, como si fuera su padre. Roberto miró los ojos melancólicos de la nueva pareja de su madre y no pudo evitar sentir una repentina desconfianza.

Lili volvía a ser Lili, inquieta, dinámica, desbordante y alegre, sonaba a despropósito pensar que unos días antes había cruzado por su fantasía la mismísima muerte.

Opciones

Un miércoles de agosto de 1974 maldijo nuevamente al destino. ¿Por qué las cosas debían venir siempre a contra mano? Ridículas encrucijadas del azar, opciones cotidianas puestas allí con el único fin de confundirla y obligarla a tomar decisiones urgentes. "Si viajás no te voy a perdonar nunca", le dijo Liliana con ojos severos y voz temblorosa. Lili la escuchó sin comprender, era la primera vez que su hija se mostraba tan decidida y desafiante.

Había logrado salir casi sin heridas de la ruptura con Paco, comenzaba una nueva vida junto a Juan, era una dirigente reconocida de un movimiento revolucionario y había sido invitada a una gira por la Unión Soviética y otros países socialistas del Este, además de una breve estadía en Cuba. No conocía Europa, la sola idea de caminar por Moscú, descubrir los secretos de países desconocidos como Bulgaria o Hungría y terminar conociendo Cuba le despertaba enormes fantasías pero allí estaba Liliana recordándole sus deberes: "Si viajas no te voy a perdonar nunca".

El menor de los Laferrere, Roberto, había tenido un altercado con un compañero de escuela que accidentalmente le clavó una birome en el ojo y estaba a punto de perderlo. Iban a operarlo dos días después de que ella partiera en gira por los países socialistas. La vida era un caos imposible de arreglar, su hijo en el hospital y ella dando vueltas de aquí para allá entre reuniones y preparativos de viaje. Liliana le dijo todo lo que sentía, puso sobre la mesa de aquel bar su resentimiento por haber sido relegada, poco atendida, por tener que vivir a la sombra de una mujer admirada por todos y que no cumplía con su único deber elemental: cuidar a sus hijos. "Hacé lo que quieras, mamá. Pero esta no te la perdono, Roberto está mal y te necesita."

Lili tuvo un ataque de llanto y maldiciones en casa de Chiquita. Roberto, el pequeño Roberto de melena rubia y ojos celestes, a punto de perder la vista. Intentaron calmarla, le decían que estaba bien atendido, que lo operarían en el mejor hospital de ojos, que estaba acompañado y contenido por su padre, sus hermanos y sus tíos, que no había motivo para pensar lo peor. Roberto en tanto temblaba en el hospital por miedo a la operación, pero no pensaba en su madre. Sabía que ella tenía sus problemas, había visitado las villas y participado de sus reuniones semiclandestinas y comprendía, como sólo pueden hacerlo los chicos, que no tenía tiempo para él, no la esperaba siquiera. Sin embargo Lili sentía la mirada acusadora de su hija y de su prima y de su hermana y también de su madre. Las mujeres convertidas repentinamente en inquisidoras, para ellas no había duda posible, debía permanecer junto su hijo. Un mandato ancestral convertido en verdad revelada. No importaba que Roberto no la necesitara, ni que fuera su primer viaje, ni su compromiso militante. Nada podía ser más importante que el gesto materno de permanecer sentada a la cabecera de su hijo. A los hombres de la familia la cuestión los tenía sin cuidado. Marcelo Laferrere ya se había hecho cargo del futuro de sus hijos, luego del asesinato de Manolo dejó el trabajo y se calzó un delantal

de cocina. Los varones Laferrere habían sufrido ya los límites que Lili impuso: no pudieron retenerla en casa, y la vida siguió su rumbo sin ella.

A la mañana siguiente ya estaba decidida: iba a subir a ese avión. Juan la acompañó a visitar a Roberto al hospital y después la despidió en Ezeiza. En el avión hubo cánticos y bromas. Luego de un pasaje casi protocolar por los países del Este volvieron por Cuba, donde permanecieron dos semanas. Finalmente conocía la isla encantada, la razón por la cual miles de latinoamericanos estaban dispuestos a dar su vida. En Cuba estuvieron quince días haciendo instrucción militar. Lili cuerpo a tierra, saltando vallas, perdida en la oscuridad, víctima de las cargadas porque no iba a poder, pero ella era de las primeras en terminar los entrenamientos y reía y se sentía indestructible. Asumía el desafío de lograr lo mismo que esos muchachos de poco más de veinte. "Vamos Pepa, sentate a un lado que esta no es tarea para abuelas." Bastaba escuchar esas bromas para poner toda su fuerza en cada ejercicio y con sus cuarenta y siete años a cuestas llegaba con aire al final de cada prueba y cargaba al resto del insólito pelotón. Y volvía a probarse tendiendo el brazo para aferrar una Bazooka, las piernas entreabiertas buscando firmeza, la culata apoyada en el hombro y la ráfaga que golpeaba hacia atrás. El cuerpo

dibujado por gruesos moretones. Nadie hubiese creído que apenas unos meses antes había tomado un arma por primera vez, una cuarenta y cinco, y bastó gatillar para que se le cayera al piso y tuvieran que tirarse todos al suelo. Jugó con las armas pero nunca las usó en combate.

En septiembre volvió cargada de pequeños regalos revolucionarios. Roberto se reponía de su operación, que había sido un éxito. El país estaba a la deriva.

Las Tres A

Cuando Lili volvió de su lúdica gira político-militar debía reconstruir su vida. Se mudó con Juan Gelman a un pequeño departamento de la calle Vidt que había conseguido gracias al favor de un periodista amigo que estaba por dejarlo antes de cumplir el contrato de alquiler y se los cedió. Un día el dueño, un hombre de la marina, quiso conocer a sus nuevos inquilinos. Lili preparó la recepción con su mejor estilo: pidió un vestido prestado y rejuntó algunos muebles para impactar al señor Acosta. Lo hizo pasar, se disculpó por la ausencia de su marido, por razones de empresa, sirvió un buen vaso de whisky, conversaron sobre el Jockey Club y los avatares del polo. El dueño supo que estaba dejando su departamento en las mejores manos. Lili no sabía cuánto tiempo

permanecería en aquel lugar, los cambios ya eran habituales pero lo arregló con la misma dedicación que ponía en cada una de sus ocasionales moradas. Luces tenues, rincones cálidos, algunas fotos y flores coloridas bastaban para crear la fantasía de que esta vez ésa sería su casa. Afuera, en tanto, la ciudad perdía sus contornos. El cielo ya no parecía tan azul, al puerto no llegaban pasajeros y por las calles todos intentaban ocultarse, nada podía ser peor que resultar *fatoso*. Era mejor vestir ropas anodinas, no era recomendable usar bigote militante ni botitas de gamuza ni camperas verde oliva, y menos aún leer literatura inconveniente en un colectivo. Todo eso resultaba demasiado *fatoso*. *Fatoso* significaba que podían ser identificados como militantes de izquierda y, por esa simple apariencia, terminar golpeados en una esquina o correr el riesgo de ser secuestrados, torturados o muertos.

En noviembre de 1973 aparecía por primera vez en los diarios la sigla AAA, la Alianza Anticomunista Argentina reivindicaba la bomba colocada bajo el automóvil del senador radical Hipólito Solari Irigoyen. En mayo de 1974 asesinaron al sacerdote tercermundista Carlos Mujica. Buenos Aires convertida en una suerte de Chicago sudamericana. Podía suceder que en cualquier momento, en cualquier esquina, se detuvieran cuatro autos con

matones portando ametralladoras, a la vista, y que dispararan impunemente, a plena luz del día, sobre la víctima elegida. La Capital toda era *zona liberada*. En una de esas emboscadas murió Rodolfo Ortega Peña en la refinada esquina de Arenales y Carlos Pellegrini. A las cuatro de la tarde del 31 de julio de 1974 recibió ocho balazos en la cabeza y uno en el brazo. Centenares de personas fueron al entierro a expresar su repudio, pero el homenaje terminó en una represión injustificada con gases lacrimógenos y decenas de detenidos que pasaron alguna noche en la comisaría y, lo que era peor, tuvieron que dejar asentados sus datos y huellas digitales, información que los sumaba a la lista de "indeseados al embarque", porque quien organizaba las tres A y la represión no era otro que Lopecito, el custodio del destino universal. Los rumores corrían de boca en boca, algunos miembros del gabinete hacían trascender que algo estaba podrido en el país. López Rega, virtual presidente en ejercicio, reunía a sus ministros y les explicaba la necesidad de "depurar el movimiento de marxistas" y aportaba los primeros nombres de su lista: Eduardo Luis Duhalde, Ortega Peña, el mayor Bernardo Alberte, Julio Troxler y varios más. El 16 de agosto un grupo de facinerosos que se movía en los clásicos Ford Falcon llegó a un hotel del Once para matar a balazos al ex

gobernador de Córdoba Atilio López. También en Falcon se trasladaron ese mismo día para asesinar a su amigo Juan José Varas, ex secretario de Hacienda de Córdoba. Al día siguiente mataron al abogado marplatense Alfredo Curutchet.

Lopecito no quería dejar nada librado al azar, había que organizar de manera metódica y científica el aniquilamiento. Algunos ministros, como Jorge Taiana, asistieron atónitos a algunas de esas reuniones. Sentados en torno a una mesa oval de la quinta presidencial de Olivos les pasaron un audiovisual que señalaba a los peores enemigos de "la causa". En primer plano aparecía el rostro de Julio Troxler mientras el ministro brujo aseguraba "Hay que eliminarlo, es un enemigo de la patria". Policías, militares y sindicalistas apoyaban con denuedo a este cristo redentor y se sumaban a las nuevas brigadas anticomunistas. En cada uno de los despachos de los ministerios, la Casa de Gobierno y la residencia de Olivos había arsenales.

Antes de renunciar a semejante gobierno Taiana se preocupó de que Troxler se enterara de la amenaza que pendía sobre su cabeza. El viejo policía no quiso escuchar, no era hombre de huirle a los infortunios y el 20 de septiembre las tres A lo asesinaron. Al día siguiente Clarín informaba: "Anoche, a última hora, un autotitulado

comando AAA (Alianza Anticomunista Argentina) distribuyó un comunicado referido al episodio en que se dio muerte a Troxler. Se trata de dos hojas escritas a mano, en letra de imprenta, cuyo texto es el siguiente: 'La lista sigue... Murió Troxler. El próximo para rimar será... ¿Sandler? Mañana vence el plazo... Adjuntamos lista de ejecuciones. Troxler murió por bolche y mal argentino. Ya van cinco y seguirán cayendo los zurdos estén donde estén'. Acompaña el texto la siguiente lista: 'Ortega Peña, Curutchet, López Varas, Troxler, Sandler, Sueldo, Bidegain, Cámpora, Laguzzi, Bettanin, Villanueva, Firmenich, Caride, Taiana, Añón, Arrostito''.

El diputado Héctor Sandler se enteró en su oficina del Congreso que su nombre encabezaba la nómina de sentenciados. Decidió entonces permanecer en la legislatura, único lugar donde pensaba que los asesinos no tendrían impunidad para entrar con sus ametralladoras. Durmió algunas noches en su despacho. Estaba paralizado, no se atrevía a salir y tampoco a hablar. Dialogaba con quienes lo visitaban a través de papeles, por miedo a que lo escucharan. Consiguió un salvoconducto y salió del país al igual que los hermanos de Troxler. También monseñor Jerónimo Podestá hizo pública su partida hacia el exilio por las amenazas de la Triple A y lo siguieron artistas que habían visto estallar

teatros o casas por algún espectáculo que el gobierno consideraba antipatriótico.

El pánico se apoderó de gran parte de la sociedad, sobre todo de aquellos que jubilosos habían abrazado las causas revolucionarias en los últimos tiempos. Las listas negras empezaron a circular por las redacciones como parte de un juego macabro del que todos comenzaron a participar involuntariamente. En las redacciones ya tomaban con cierta hilaridad la proliferación masiva de amenazas, era la comidilla de los periodistas: descubrir quién había sido incluido en la lista de muerte. En tanto los marcados recibían la noticia conscientes de no tener a quién recurrir, era el Estado mismo quien estaba tras ellos. En los meses sucesivos fueron amenazados por la AAA: Alfredo Alcón, Sergio Renán, María Rosa Gallo, Luisina Brando, Leonor Manso, Roberto Tito Cossa, Mario Benedetti, Ricardo Halac, David Stivel, Juan Carlos Gené, Tomás Eloy Martínez, Carlos Somigliana, la familia Civita, Héctor Alterio, Mercedes Sosa entre otros. Padecían una persecución que mostraba a las claras que no había lugar en la Argentina para el disenso. No había relación alguna entre la represión ilegal desatada y las acciones de grupos armados, que volvían a hacer sentir su presencia. La arbitrariedad y heterogeneidad de las listas de

perseguidos sólo tenían como fin sembrar el terror y aniquilar la idea misma de libertad.

El 26 de septiembre un grupo armado secuestró de su casa al abogado Silvio Frondizi. Su cuerpo apareció incinerado pocas horas después en los alrededores de la autopista a Ezeiza. Con estas palabras la AAA reivindicó su asesinato: "Sepa el pueblo argentino que a las 14:20 fue ajusticiado el disfrazado N° 1 Silvio Frondizi, traidor de trabajadores, comunista, bolchevique y fundador del ERP. Bajo el mandato de su hermano fue el infiltrador de ideas comunistas en su juventud. Murió como mueren los traidores, por la espalda. Como nuestro querido pueblo argentino y patriota observa, cumplimos lentamente pero sin pausa nuestra palabra y no nos identifiquen con los mercenarios zurdos de la muerte sino con patriotas peronistas y argentinos que queremos que el dolor actual de nuestro país tenga un futuro argentino y no comunista. No adjuntamos documentos porque el traidor no los tenía encima pero pueden encontrarlo en el acceso al Centro Recreativo Ezeiza, pasando el primer puente de madera, 50 metros a mano derecha. Viva la Patria. Viva Perón. Vivan las Fuerzas Armadas. Mueran los bolches asesinos. Alianza Anticomunista Argentina. Comando Tres Armas".

Cuatro días después descargaron sus armas contra el general chileno Carlos Prats, quien había huido de su país

luego del golpe de Pinochet, y en quien se depositaba una esperanza de revuelta. Los muertos aparecían por montones, pilas incineradas en camionetas, conocidos y anónimos. La sociedad no lograba reaccionar ante la avanzada "patriótica purificadora", habían pasado pocos meses desde la "victoria", el Congreso funcionaba, los políticos opinaban pero democracia era una palabra hueca en un país endemoniado.

Ese mes de septiembre, cuando la escalada represiva llegaba a su punto máximo, Montoneros anunció su vuelta a la clandestinidad. Organizaron plenarios de base para comunicar a los militantes de sus agrupaciones que a partir de ese momento debían usar un nombre de guerra y mantener medidas de seguridad extremas: no dar a conocer la dirección de sus domicilios a los compañeros, no reunirse en lugares públicos, caminar en sentido contrario a la mano de las calles para evitar seguimientos, realizar acciones seguras, con campanas y controles, escribir la información referida a la actividad política en papel manifold, un papel de arroz que podía ser tragado fácilmente en caso de necesidad. Pasar a la clandestinidad no resultaba sencillo en organizaciones populares y públicas. La mayoría de los militantes barriales, de fábricas, universidades o escuelas conocía los nombres y los domicilios de sus compañeros. Lo que hasta entonces

había sido una militancia alegre y fogosa se transformaba ahora en un “paso en la guerra revolucionaria”. Muchos prefirieron desertar de semejante compromiso.

El barrio

Una mosca volaba lenta y provocadora por la cocina. La Negra agitaba el repasador, pero la mosca pertinaz hacía un alto sobre el estante de los vasos para luego continuar su vuelo circular entre las latas de galletas, el tarro de yerba y la fruta fresca que estaba sobre una canasta azul; de pronto desaparecía, esperaba el mejor momento para posarse sobre los churros escondida entre los pliegues de las cortinas floreadas que provocaban una reconfortante penumbra en un día agobiante de verano. Lili miraba la ruta cansina de la mosca y a la Negra que la perseguía con claras intenciones de terminar de una vez por todas con ese zumbido monótono y encontraba allí el pulso de la vida. Por un momento fue lo único que existió. No llegaban sonidos de afuera, todo el barrio había elegido evitar el sol de la siesta salvo unos pibes de la otra cuadra que jugaban con agua. Apenas un rayo se filtraba, preciso, por el borde de la ventana, y apuntaba al florero de cristal, que no tenía flor pero que nadie había quitado de su lugar en el centro de la mesa. No corría ni una brisa y el tiempo parecía detenido.

Allí la realidad se presentaba nítida, no había lugar para clandestinidades ni tácticas ni estrategias. Lili había incorporado aquella respiración a su vida, agradecía poder pasar unas horas al margen de las especulaciones políticas y la histeria clasemediera. Continuaban con su rutina, seguía con sus actividades sin inmutarse por lo que decidieran arriba o abajo. Ninguno de sus compañeros más cercanos había dejado de militar salvo Kung Fu, a quien hacía rato que no veían. Era un muchacho bajo y entusiasta, de buen ánimo y una disposición ilimitada para el trabajo colectivo. En general era él quien se ocupaba de traer los cajones de botellas o quien iba a buscar los equipos de sonido cuando decidían hacer un festival para juntar fondos para mejorar las zanjas o construir una casilla que sirviera de centro de recreación para los chicos en verano. Le decían Kung Fu porque era profesor de Tae Kwondo y su ídolo era Bruce Lee, con quien tenía un parecido asombroso. Nadie sabía qué había ocurrido con él, decían que había cambiado de barrio después de que una patota lo agarró por la noche y uno le dijo que se dejara de joder con esos subversivos. Él no entendió bien de qué le estaban hablando, era un muchacho pacífico y todo lo que hacía era colaborar con tareas comunitarias. A pesar de su aspecto aguerrido no tenía ganas de luchas que no fueran deportivas. Cambió de casa y no le dijo a

nadie hacia donde había rumbeado. Los otros estaban todos. Lili se sentía protegida en el barrio, el Chiquito y el Chino la acompañaban cuando se iba muy tarde, y todos respetaban al Chiquito y al Chino. Además estaban la Isabel, la Colo y el Coronel que, como su apodo indicaba, tenía capacidad de mando y sabía hacerse respetar. Juntas habían organizado las actividades del barrio. Iban puerta por puerta a conversar con las vecinas. Bastaba palmear en el umbral para que las hicieran pasar. Algunos maridos las miraban con recelo, en más de una ocasión les tocó descubrir detrás de ventanas permanentemente cerradas a una mujer atemorizada con algún moretón a la vista. Volvían una y otra vez hasta lograr sacarla del aislamiento para integrarla a alguna actividad que, generalmente, provocaba la ira del hombre de la casa. No eran de hablar mucho en el barrio y la alta política les era ajena, sintetizaban el vuelco del peronismo en el gobierno con una frase simple: "Son unos hijos de puta". Allí no había llegado la euforia de la victoria, nadie había ganado ningún cargo y en cambio habían sufrido persecuciones de vecinos que trabajaban con la policía local.

Ese día Lili no tenía ganas de hablar, miraba a la Negra que con su brazo robusto aplicaba un certero golpe con un diario y terminaba con la mosca irreverente. Una remera ajustada mostraba toda su redondez. Provocaba

cierta envidia sentirla tan segura con su cuerpo, su vida y su futuro. "¿Qué te pasa, Pepa, que andás tan callada?" "Me voy Negra, dejo el barrio, en la organización dicen que es muy peligroso, que soy una getona y me pueden agarrar una noche cualquiera, me destinan a otro lugar."

La Negra dejó el repasador y la abrazó. "Te vamos a extrañar, Pepita, pero no te me pongas así que no es el fin del mundo, nos podemos seguir viendo. Ahora vamos a hacer las cosas bien, hagamos un asado de despedida." Fueron a buscar al Coronel y a la Colo, compraron algo de carne y se sentaron en el patio de la Negra mientras Chiquito se ocupaba de la parrilla. El clima era melancólico y festivo. Entre risas recordaron el día en que fueron a La Plata y casi rompen la Casa de Gobierno. Y volvieron a bromear porque el Coronel había sido demasiado gentil con Fermín Chávez el día en que habló en uno de los actos por Evita. Risas sonoras acompañaban cada anécdota, recuerdos de trenes y naranjas, marchas y empujones, maridos despechados en busca de las locas que les metían cosas raras en la cabeza a las mujeres. Ninguno tenía conciencia de cuánto tiempo duraría la lejanía pero estaban convencidos de que la vida continuaba y esto no era más que una circunstancia. Brindaron varias veces y a medianoche Lili levantó la copa, y con ojos llorosos dijo: "Compañeros: los tiempos están difíciles, prepárense

porque vienen días peores, no se descuiden, sean prudentes que no sabemos hacia dónde va esto". Fue la última vez que Lili pisó el barrio.

Al recordarlo la nostalgia la invade. Como si hubiera sido fruto de su imaginación o una fantasmagoría de la historia, el barrio desapareció del mapa y con él se desvanecieron la Negra y la Isabel y la Colo y el Coronel. Nunca logró volver a encontrar aquellas calles. "Yo me quedaba muchas veces a dormir en el barrio. Cuando pasamos a la clandestinidad me dijeron que era peligroso, que ya no podía ir allí porque ponía en riesgo mi vida. Mi cara ya era muy pública. Les dije 'No, yo no dejo el barrio' 'No podés lili'. 'Yo no dejo el barrio, no los abandono.' Iba y me hacían una protección los pibes y las viejas de ahí, así que me podía ir tranquilamente a las doce de la noche."

Cree que fue una locura pasar a la clandestinidad de esa manera. "En ese momento teníamos siete diputados nacionales y cuatro gobernadores, no nos podíamos permitir hacer acciones militares. Claro que nos teníamos que preparar para cualquier cosa, eso sí, pero cuando volví de Cuba y me dijeron que pasábamos a la clandestinidad les dije que era una pelotudez, teníamos un potencial político que no logró ninguna organización revolucionaria

en la historia: siete diputados fieles a Montoneros y cuatro gobernadores.”